



EL MERCENARIO DE ARKANA

*"Eran tres las runas escritas a fuego
en la pared de piedra del acantilado.
Y las tres llevaban tu nombre."*

ANTONIO ARTEAGA

El mercenario de Arkana

© 2004 –2015 Antonio Arteaga Pérez (www.arteaga.be)

Inscrito en el Registro General de la Propiedad Intelectual con asiento n°: 00/2004/81235 con título original “Los cristales de Arcania”

Actualizado en noviembre de 2015.

Todos los derechos reservados.

Esto no es más que una breve novela fantástica de aventuras escrita con el propósito de entretener a quien la lea. El mismo deseo de todo aquel que desea ser escritor en algún momento de su vida.

Antonio Arteaga.

**CONSIGUE MÁS NOVELAS DEL AUTOR:
www.arteaga.be**

Capítulo 1 - EL CRISTAL PÚRPURA

Eran tres las runas que surcaban la pared de piedra del acantilado.

Tres runas, escritas a fuego, dejadas para el destino....

La primera hablaba de amor, de entrega total.

La segunda hablaba de confianza y de amistad.

La tercera de desolación, por la ausencia.

Las tres se extendían hasta donde mis ojos no podían verlas.

Y las tres llevaban tu nombre: Lenya...

Apenas tuvo tiempo para calcular el salto. La bola de fuego enviada por la catapulta orca se dirigía a toda velocidad hacia el lugar donde acababa de asestar el golpe final al último enemigo.

Flexionó las piernas y saltó para asirse con todas sus fuerzas a la garra del dragón negro que sobrevolaba la colina. Justo a tiempo. El impacto del proyectil levantó cientos de fragmentos de roca, muchos de los cuales golpearon al guerrero en pecho, espalda y piernas. Protegido por la armadura, y sabiendo que cualquier fallo en sus brazos le acarrearía la muerte segura, se sujetó firmemente a la escamosa piel del dragón mientras éste remontaba el vuelo hacia las alturas.

–Mercenario, sabes que siempre lucho solo...

La voz del dragón le llegó a través del fragor de la batalla, imponiéndose sin problemas al sonido de los tambores y de las explosiones.

–Kalgar, te pido perdón por haberte utilizado.

El guerrero intentó que su voz sonase calmada. Kalgar era el dragón más anciano de toda Zalvia, veterano en mil y un combates, pero hacía décadas que evitaba el contacto con los humanos. Fueron éstos quienes acabaron con su familia, en la lucha por derrocar al advenedizo rey Forh, y quienes le dejaron para siempre una cicatriz que surcaba su cabeza y ocultaba su ojo derecho.

–Mercenario, el hechizo de sombras del brujo no me permite ver la catapulta. Ya que estás aquí haz algo de provecho y dirígeme...

El guerrero pensó que era extraño ver a Kalgar pidiendo ayuda, pero no abrió la boca. Prefirió dejar que pareciese simplemente eso, un favor devuelto, y no incomodar al dragón. Cuando Kalgar levantó su garra por encima de su espalda saltó y se aferró al collar de malla de la bestia, cabalgando sobre su cuello.

–Kalgar, a unas trescientos medidas al este, entre la torre de vigía y el río...

–Gracias –fue la breve respuesta del dragón.

El vuelo se tornó entonces en descenso vertiginoso, que hizo brotar las lágrimas de los ojos del guerrero y temblar sus músculos en un intento por no salir despedido hacia atrás. Sintió cómo el pecho de Kalgar se expandía, recogiendo todo el aire posible, y cómo sus pulmones convertían ese aire en llamas. Escuchó el silbido que precede a las llamaradas, cerró los ojos con fuerza y se cubrió el rostro con una mano.

Fue el mismo infierno el que brotó de la boca del dragón. La temperatura se elevó hasta un nivel insostenible, el oxígeno desapareció por unos instantes, y a duras penas pudo oír el aterrador sonido del fuego quemando todo a

su paso, los agónicos gritos de los orcos al ser alcanzados por el ataque y los crujidos de la madera al estallar en mil pedazos.

De nuevo, al ganar altura, pudo abrir los ojos y ver el resultado. Una ancha franja de terreno aparecía totalmente calcinada, cubierta de restos de la catapulta, sembrada de cadáveres retorcidos y de ascuas que se elevaban por el viento. Era el fin de la resistencia orca.

El caudillo enemigo ordenó la retirada, y los supervivientes se apresuraron por alcanzar el otro lado del río antes de ser apresados o aniquilados.

–Mercenario, ya has cumplido tu parte. Ahora te dejaré en tierra. Sólo te pido que borres esta parte de la batalla de tu memoria porque negaré haber colaborado con un humano.

De nuevo, el guerrero no contestó. Pero una sonrisa apareció, ligeramente, en su cara. Hacía tiempo que no sonreía...

Hasta el confín del Mar de Vahall no llegaba el vuelo de los dragones.

Sí el brillo de su fuego, y su calor.

Sentado en la última Roca, en la que descansase el naufrago de la leyenda, podía sentir ese calor, y añorar mi Tierra.

Y a mi señora. Queda en mi recuerdo, en mis sueños, su presencia.

Ahora, tan lejos de allí, el mar me envuelve

Mis pies húmedos, mi cabeza despejada.

Mi señora... ¿cuándo volveré a verte?

La recepción en el salón del trono de Zalvia era un espectáculo realmente grotesco. La batalla había sido cruenta y se dejaba ver en el número de asistentes. Con frecuencia

los mercenarios siempre sobrevivían, porque su experiencia en combate les favorecía con respecto al resto de luchadores. Pero en esta ocasión faltaban Zorg el Bajo, Henriette la Sonriente y el enano Gunmark. La catapulta orca no dejaba opción al dominio de la espada.

Uno tras otro los mercenarios iban acercándose al rey. El contraste entre las figuras de los guerreros, amenazantes, con el frágil aspecto de un muchacho de dieciséis años, le daba un toque peculiar al acontecimiento. El nuevo monarca aún no había tenido tiempo de ordenar unas vestimentas a su medida, porque la precipitada muerte de su padre había llegado hacía escasamente un par de días. En cualquier caso no asomaba pena ni tristeza de sus ojos, sino un brillo de determinación y madurez obligadas.

El pago acordado no variaba mucho. Dos bolsas de oro, un pase que autorizaba al mercenario en cuestión a viajar libremente por las tierras de Zalvia, y un medallón acuñado con el sello del rey que indicaba a los dueños de las posadas que debían darle alojamiento de forma totalmente gratuita. Algunos habían dejado sus caballos en los establos de palacio para que sus alforjas fuesen cargadas con víveres antes de dirigirse a nuevas campañas.

Por fin le tocó el turno al guerrero. Había intentado abrillantar su armadura plateada, eliminando los rastros de sangre y suavizando las mellas lo más posible. Pero sin demasiada preocupación, porque sabía que esta sería la última vez que visitase el salón del trono. Su obsesión ahora no era más que cobrar su precio.

—Vaya, por fin tengo ante mí al tan nombrado Mercenario de los Cristales. Realmente, te había imaginado más... aterrador.

La voz del joven rey era muy aguda, pero segura. El guerrero realizó lo que quería ser una reverencia y que que-

dó en una especie de estúpido paso de baile. El protocolo no era lo suyo, pero al rey no le importaba mientras su brazo fuese fuerte.

–Mercenario, has servido muy bien a la causa de Zalvia y tu bravura ha decidido la victoria cuando todos dábamos por perdido el paso del río. Kalgar me lo contó anoche personalmente, antes de retirarse a su morada en la Montaña Alta.

De nuevo el viejo dragón consiguió arrancar una sonrisa del guerrero. “Negaré haber colaborado con un humano”, dijo... Sólo lamentaba no poder despedirse de Kalgar, para agradecerle su ayuda cuando no había posibilidad de escape. Pero le esperaba un nuevo viaje, y el monarca se estaba retrasando mucho...

–Mi señor, no quiero ofenderos, pero el tiempo apremia para mí y quisiera recoger lo que se me prometió... –susurró entre dientes, tratando de ser cortés.

–Curioso pago el tuyo, mercenario –contestó el rey– Podrías exigirme tres, o incluso cuatro bolsas de oro, y te conformas con un objeto de coleccionista. Pero no te contrariaré, aprecio tu ayuda y respeto tu decisión. Aquí lo tienes...

El joven introdujo su mano bajo los pliegues del manto real y extrajo una pequeña bolsa de cuero que tendió al guerrero. La mano de este último tembló al cerrar sus dedos sobre ella, y descorrer el cordón dorado para abrirla. La bolsa cayó y dejó al descubierto lo que los presentes adivinaron como una curiosa joya.

Se trataba de un cristal, de color púrpura intenso, tallado de forma muy tosca y en cuyo interior palpitaba una pequeña luz.

–Mi padre conservó esta piedra en la torre de palacio durante años, como regalo personal del mago Falkor. Aunque la he visto en numerosas ocasiones nunca la encontré bella ni valiosa. Tal vez para ti sea importante...

Las últimas palabras que el guerrero oiría en Zalvia. La cara del monarca, la última que viese. Lo supo cuando el dolor, con el que ya estaba familiarizado, atenazó sus miembros y quemó su piel. Quedó sumido en la más absoluta oscuridad, mientras los presentes en la sala tuvieron que apartar la mirada ante el fulgurante destello que inundó todo el lugar. Dos segundos más tarde, ante el rey no quedaban más que la armadura y la espada del mercenario, y unas delgadas volutas de humo que se retorcían rápidamente hasta desaparecer por completo...

Lenya, el sólo recordar tu nombre me causa dolor.

Tantas las horas que pasé contigo, tantos los sentimientos, las sensaciones, que aturden mis sentidos aún después de tanto tiempo.

¿Acaso no eras mía? ¿Acaso yo no era tuyo?

¿Porqué Kran fijó en ti su mirada y sus deseos?

¿Porqué tuvo que obligarme a elegir?

Tu vida, o mi olvido.

Tu dolor, o mi destierro...

Falkor, viejo amigo, tú que conoces lo más oscuro de los miedos, y que sabes de la belleza de la vida, obedeciste las órdenes de Kran con pesar, pero con resolución.

No te guardo rencor por eso.

Dejaste abierta una puerta y la encontraré...

Capítulo 2 – LA FORTALEZA DE GAMBIR

El guerrero no podía precisar el tiempo que llevaba en aquella mazmorra. No tenía ningún elemento de referencia y la oscuridad era total. Algo que no acababa de comprender. Por el hambre que sentía, debían haber pasado al menos dos días desde que el cristal le hiciese materializarse allí.

Había recorrido, muy despacio, cada uno de los rincones del recinto. Conocía de memoria cada piedra, cada fisura, cada charco del agua que se filtraba por el techo... Una puerta de madera, blindada con herrajes, que permanecía cerrada, parecía ser el único acceso a la mazmorra. Y todos los intentos por abrirla fueron en vano. Todos los golpes y gritos se perdieron en el eco de lo que suponía un pasillo inmenso tras la hoja.

En la pared opuesta a la entrada una ventana con barrotes traía el olor y el sonido del mar. Tal vez la mazmorra estuviese situada sobre un peñasco. Y eso era lo que no comprendía. ¿Cómo no había amanecer ni anochecer?

Y esa presencia....

La intuía, porque no había forma de palparla. Era alguna entidad, pero no física. Sentía una respiración en su nuca, que le erizaba el vello, y unos ojos que le miraban. Se volvía a veces, tratando de sorprenderla, agitando sus brazos para tocarla, pero sólo encontraba el aire. Al principio sintió miedo, un miedo intenso... pero después casi se acostumbró a que estuviese allí, a que apareciese y se desvaneciese, dejando un escalofrío en su columna vertebral. Ni siquiera intentó hablarla, sabía que no encontraría respuesta.

Cansado, agotado, con la desesperación haciendo mella en su interior, cayó rendido en un profundo sueño...

Kran es, con certeza, el ser más despreciable que he conocido.

Su deseo por Lenya le obligaba a eliminarme a mí.

Pero no le bastaba mi muerte. Necesitaba que mi señora me olvidase.

Falkor, siempre obediente a sus órdenes, siempre atado por el juramento de fidelidad...

Señora, ¿sigues en nuestra casa?

Era precioso oír el canto de las aves, sentir la brisa que llegaba de la nieve...

Cortar, junto a ti, los brotes que aderezarían nuestra comida.

Me perdía en la inmensidad de tu mirada, y olvidaba el resto del mundo.

Ni siquiera nos dimos cuenta de que, en un instante, nuestro hogar se convirtió en un campo de batalla, que ambos frentes coincidieron ante nosotros con toda su violencia...

La muerte era inevitable. Moriría contigo, a tu lado...

Pero no era ese el deseo de Kran.

Falkor, viejo amigo, tu destreza en las artes arcanas añadió la venganza del traidor a tu hechizo devastador.

Y la esperanza también.

El sueño producido por el agotamiento traía al guerrero imágenes imposibles. Angustiosas, agobiantes, retorciéndole de temor. Gritos que se convertían en lamentos, susurros que se volvían aullidos de dolor. Y entre los gritos, una voz que llamaba...

—¿Zen? ¿Eres tú?

No, Zen no era el nombre del guerrero. ¿Quién era esa persona que se mencionaba en las pesadillas? ¿Quién lo llamaba, insistente?

–¿Zen...?

El mercenario despertó sobresaltado. La voz era real. Tan real como la ligera luz anaranjada que se filtraba bajo la puerta...

–¡Aquí! ¡Estoy aquí! –gritó con sus últimas fuerzas.

De nuevo cayó al suelo, sintiendo el frío de la piedra y la humedad del agua. Sus ojos se cerraron, no sin antes ver cómo la hoja de madera y hierro se abría lentamente, chirriando, y una figura se dibujaba bajo la luz de una antorcha...

Después del terrible hechizo de Falkor, la lluvia que apagó los fuegos hizo brotar la vida.

Por todos lados aparecían brotes de sylken, la flor de la esperanza.

Dicen las gentes que esa flor, en las noches de luna llena, cambia de color.

Pero cada flor tiene un color especial y distinto: cada flor es el alma de un caído en el combate.

Cada uno de los pétalos guarda un recuerdo de ese alma.

Y los seres queridos que recogen esas flores saben cuál es la que deben tomar.

Cuando sale el sol, el recuerdo desaparece para que puedan seguir su vida y no atarse a quien ya no está.

En la siguiente luna llena, vuelven a tocar el corazón de los que han quedado.

Cada vez con menos intensidad.

Cuando la flor se marchita, el olvido es dulce y no hay dolor.

Mi señora conserva aún mi flor.

¿Será antes mi regreso que su olvido?

El tacto de la piel era agradable. Tras dos días en la mazmorra, desnudo, aterido, el guerrero pensó que la muerte le había llegado y despertaba en el paraíso reservado a los que morían combatiendo. Pero no era así. Los calambres, cada vez más soportables, seguían en sus brazos y piernas.

Sus ojos se abrieron, lentamente, porque la luz de las antorchas era demasiado intensa con respecto a la oscuridad de días anteriores. Estaba vestido con un jubón ligero, y unos calzones demasiado coloridos para su gusto.

–Padre, mira, está despertando...

Era la voz de una chiquilla. ¿Ocho años? ¿Nueve, tal vez...? A su lado se encontraba un hombre de pelo largo y barba cuidada en la que aparecían mechaz canosas. Ambos le miraban con cierto temor en sus ojos.

–¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy...? –preguntó el guerrero.

Su mente estaba abierta a cualquier posibilidad, a cualquier respuesta. Los viajes a través de los cristales de Arkana eran imprevisibles. En unas ocasiones cruzaban enormes distancias, en otras el tiempo... y cada viaje tenía un cometido, un propósito.

Las runas del acantilado me hicieron saber mi destino.

Sólo hablaban de ti, mi señora.

Sólo reflejaban nuestro amor, y mi pesar por no estar contigo.

Y la maldición que me aguardaba.

Errar por lugares que no conozco, luchar en batallas que no son las mías, recordar por siempre tu amor, mientras tú, Lenya, me olvidas.

Poderoso embrujo el de Falkor.

Pero grande también su piedad.

Uno de los cristales es la llave que me devolverá a ti.

Cada uno de los restantes, un nuevo obstáculo, un nuevo olvido...

Si he de combatir, combatiré por ti, mi señora.

–El lugar es la Fortaleza de Gambir, en el reino de Vandel. Os hemos rescatado de la mazmorra en que estábais prisionero, mientras buscábamos a mi hijo. Decidnos, ¿quién sois vos? –preguntó el hombre, apoyando su mano derecha sobre la empuñadura de la espada.

“Gente de buen corazón”, pensó el guerrero. Pese a temerle, como era visible, le habían atendido.

–No recuerdo mi nombre. Es una de las muchas cosas que me quitaron. En los lugares donde he estado se me conoce como el Mercenario de los Cristales, y mi vida es simple: lucho donde debo luchar, cuando debo luchar. Pero no tenéis que temer nada de mí, al contrario...

–Confiaremos en vos, pues. Yo no sería rival para vos si deseáis atacarme, aunque defendería con mi vida la de mi hija si fuese preciso. ¿Deseáis compartir alimento con nosotros, mientras os pongo al corriente de lo que acontece en Vandel? –preguntó el padre de la niña, relajando la pose.

Pan de centeno, queso, vino y fruta fue lo que consiguió devolver poco a poco las fuerzas al guerrero, mientras aquel hombre –de nombre Uden– le narraba los oscuros sucesos que habían acaecido en los últimos días.

Vandel, una tierra de pescadores, ganaderos y campesinos, nunca había sentido el azote de ningún enemigo. Todos allí vivían en armonía, bajo el mando de Gambir, un gobernante que sólo se preocupaba del bienestar de sus gentes y de mantener buenas relaciones con los reinos vecinos. Pero Vandel también era un enclave desafortunado. Situada junto al mar, esta tierra era a la vez lugar de paso para los mercaderes que se dirigían por mar a la zona norte, a la ciudad de Fass, núcleo mercantil por excelencia, y, lo más terrible, el punto central de las columnas de Saphyr.

Las columnas de Saphyr eran tres enormes peñascos, elevados sobre el océano, que formaban un triángulo perfecto. Tres guardianes que apuntaban hacia un centro geográfico, donde –sin saberlo– se había levantado la fortaleza del gobernante. Un lugar en el que, desde hacía eones, habitaba la Sierpe.

Una horrible criatura, mitad serpiente, mitad abominación. Puede dormir durante siglos, y despertar con hambre de almas. Viaja a través de la roca como las anguilas a través del agua del mar, su reino es el mundo subterráneo y su orgullo no deja que nada ensombrezca su presencia.

Y su orgullo se vio herido al despertar, y conocer que el soberano de Vandel había ordenado construir una edificación en el corazón de las columnas de Saphyr.

–Surgió de improviso por la tarde, durante la celebración de las fiestas de verano. –contaba Uden, ante la atenta mirada del mercenario– Ascendió, haciendo temblar la tierra, a través de los sótanos de la fortaleza, derribando las murallas que dan al mar, y se irguió amenazante en toda su longitud frente a nosotros.

–Nunca he tenido tanto miedo en mi vida –añadió la niña, y unas lágrimas asomaron a sus inocentes ojos.

–¿Os enfrentásteis a ella? –preguntó el guerrero.

–En Vandel no hay soldados, mercenario. Gambir nunca los consideró útiles porque confía en la diplomacia y en los